

el de los misioneros, que se ocuparon como él de la misma buena obra. Estos en las cartas y conversaciones, que existen escritas, acusan al obispo de Chiapas de un genio arrogante y falto de caridad, que ofuscaba su juicio y le hacia desahogarse en infundadas acriminaciones contra los que resistian sus proyectos ó diferian de su opinion. En una palabra, Las Casas era hombre; pero si tuvo los errores propios de la humanidad, le adornaron virtudes que pocas veces pertenecen á ella. El mejor comentario sobre su carácter es la estimacion que obtuvo en la corte de su soberano. Despues de su última vuelta de América se le señaló una liberal pension, que casi toda consumia en objetos de caridad. Ninguna medida de importancia con relacion á los indios se tomó sin su consejo. Vivió para ver los frutos de sus esfuerzos en la mejora positiva de la condicion de aquellos, y en la admision popular de las grandes verdades que habia sido el grande objeto de su vida revelar. ¿Y quién podrá decir cuántos de los felices esfuerzos y argumentos hechos despues en favor de la humanidad perseguida, pueden atribuirse al ejemplo y doctrinas de este ilustre filósofo?

Sus escritos fueron numerosos, los mas de ellos no de mucha estension. Algunos fueron impresos en su tiempo; y otros han aparecido despues, especialmente en la traduccion francesa de Llorente. Su grande obra que le ocupó en intervalos mas de treinta años, la *Historia general de las Indias*, aun permanece manuscrita. Se compone de tres volúmenes divididos en otras tantas partes, y comprende la historia colonial desde el descubrimiento del pais por Colon, hasta el año de 1520. El estilo de la obra, así como el de todos sus escritos es comun, inconexo, y excesivamente difuso; abunda en repeticiones, digresiones fuera de propósito y citas pedantes; pero está sembrada de páginas de una clase diferente; y cuando el autor se halla poseido del deseo de manifestar alguna grave injuria hecha á los nativos, su lenguaje sencillo se convierte en el de la elocuencia, y explica aquellos grandes é inmutables principios de justicia natural que en sus dias eran tampoco entendidos. Su defecto como historiador, es que escribió los acontecimientos históricos como todo lo demas de su obra, bajo la influencia de una idea dominante. Siempre está abogando por la causa de los perseguidos indios. Esto comunica el mismo colorido á sucesos que pasaron en su época, y le hace creer ciegamente los que habian referido otros. Gran parte de lo escrito antes con relacion á los acontecimientos de Cuba, debe haber dimanado de sus propias observaciones; pero casi le era imposible prescindir de su primera deferencia á Velazquez, quien como hemos expresado le trató, cuando era un pobre cura de la isla, con señalada confianza, y por otra parte parece haber tenido un profundo desprecio por Cortés. Vió el principio de su carrera, cuando probablemente estaria, con el sombrero en la mano á la puerta del orgulloso gobernador, manifestándole su gratitud aun por una sonrisa de aprobacion. Las Casas recordaba todo esto; y cuando vió al conquistador de Méjico adquirir una gloria y renombre que ofuscó el de su antiguo favorecedor, muy de mala fé, y á sus expensas como él juzgaba, el buen obispo no podia contener su indignacion. No estaba en su arbitrio hablar de aquel sin la espresion del desprecio; como de un simple aventurero con fortuna.

La existencia de defectos semejantes á este y el temor de las falsas ideas que seguramente habian de producir, fué lo que impidió tanto tiempo la publicacion de la Historia. A su muerte la legó al convento de San Gregorio de Valladolid, previniendo no se imprimiese en cuarenta años, y que durante este tiempo, no la viese ningun

secular ó miembro de la religion. Con todo, se permitió á Herrera consultarla, y trasladó libremente su contenido á los volúmenes que publicó en 1601. La Real Academia de la historia revisó el primer tomo de Las Casas algunos años despues con la mira de publicar toda la obra; pero el indiscreto y quimérico estilo de la composicion, segun Navarrete, y la consideracion de que los hechos mas importantes que contenia, eran ya conocidos por otros conductos, indujeron á aquella corporacion á abandonar el proyecto. Respetando su opinion, me parece que padeció un equívoco. Las Casas con todos sus defectos, es uno de los grandes escritores de la nacion; grande por las importantes verdades que descubrió cuando ningun otro pudo verlas, y grande por el valor con que las proclamó por todo el mundo. Están esparcidas en su historia, así como en sus otros escritos; pero no son estos los pasajes transcritos por Herrera. En la relacion de los sucesos, aunque parcial y preocupado, ninguno le acusará de falta de integridad; y como un ilustrado contemporáneo, su testimonio es de un valor innegable. Es debido á la memoria de Las Casas manifestar, que si su obra hubiera de darse al público íntegra, no deberia ser por medio de los mutilados extractos de un escritor que no fué buen intérprete de sus opiniones. Las Casas no habla por sí mismo en las cortesanias páginas de Herrera. Sin embargo, la Historia de las Indias no se deberia publicar sin los comentarios correspondientes para ilustrar al lector y precaverle contra las preocupaciones injustas del obispo. Tal vez el manuscrito íntegro se dará á luz algun dia bajo los auspicios de aquella distinguida corporacion, que ha hecho tanto en esta línea para la ilustracion de la historia nacional.

La vida de Las Casas se ha escrito varias veces. Las dos memorias mas dignas de mencionarse son la de Llorente, último secretario de la inquisicion, inserta en la traduccion francesa de los escritos de controversia del obispo, y la de Quintana en el tercer tomo de su obra titulada: „Españoles célebres,” donde presenta un trozo verdaderamente bello de composicion biográfica, enriquecido con un juicio crítico literario tan agudo como exacto. Me he extendido tanto en esta noticia, por el carácter interesante del personaje á quien se refiere y lo poco que de él sabe el lector ingles. Tambien he trasladado un pasaje original de su obra en el apéndice, para que el literato español pueda formar idea del estilo con que está escrita. Deja de ser autoridad para esta obra en lo de adelante, porque sus relaciones sobre la expedicion de Cortés terminan con la destruccion de la escuadra.

NOTA DEL EDITOR MEJICANO.

Habiendo tratado largamente el Sr. Prescott en los libros precedentes del culto de los mejicanos, y de algunas semejanzas que tenia con el cristiano, ha parecido conveniente publicar aquí como lo ofrecimos, lo que nuestro célebre literato el P. D. Servando Mier, ha escrito sobre esto en el Apéndice á su tomo II de su Historia de la Revolucion de Nueva-España, publicada en Lóndres bajo el nombre del Dr. D. José Guerra, suprimiendo el principio que solo es relativo á su negocio personal sobre su célebre sermón de Guadalupe. Dice, pues, así:

„Apenas los españoles se acercaron al continente de América en 1518, desembarcando en Cozumel junto á Yucatan, hallaron muchas cruces dentro y fuera de los templos, y en su patio almenado puesta una cruz grande, en cuyo contorno hacian procesion pidiendo á Dios lluvias, y á todas las veneraban con grande devocion. De ellas se hallaron en todo Yucatan, aun sobre el pecho de los muertos de antiguo se-

pultados. De aquí vino que los españoles le comenzaron á llamar Nueva-España. En tal relacion convienen todos unánimes.

Herrera dice: (décad. 2, lib. 3, cap. 1). „Que Gomara cuenta que algunos españoles pensaron, que quizá huyendo de los moros, algunos de sus antepasados irian por allí, pero que él no lo cree; y aunque en otra parte dice que no se pudo saber de dónde les habian venido á los indios las cruces y tanta devocion con ellas, bien pudo salir de esta duda, porque imprimió su historia en 1553; y desde 1527, el adelantado Francisco de Montejo comenzó la conquista de Yucatan, y en algunas provincias que le recibieron pacíficamente, especialmente en Tutulxiú, cuyo cabeza es Mini, (14 leguas de donde ahora es Mérida,) se entendió que pocos años antes que llegasen los castellanos, un indio principal, sacerdote, llamado Chilam-Cámbal, tenido entre ellos por gran profeta, dijo que dentro de breve tiempo iria de hácia donde nace el sol gente barbada y blanca, que llevaria levantada la señal de la cruz que les mostró, á la cual no podrian llegar sus dioses y huirian de ellos, y que esta gente habia de señorear la tierra: y que dejarian sus ídolos y adorarian un solo Dios, á quien aquellos hombres adoraban. Hizo tejer una manta de algodón, y dijo que de aquella manera habia de ser el tributo que se habia de pagar á aquellas gentes, y mandó al señor de Mini, que se llamaba Mochanxiu, que ofreciese aquella manta á los ídolos para que estuviese guardada, y la señal de la cruz hizo hacer de piedra, y la puso en los patios de los templos adonde fuese vista, diciendo que aquel era el árbol verdadero del mundo, y por cosa muy nueva la iban á ver muchas gentes, y la veneraban desde entonces. Y esta fué la causa que preguntaron á Francisco Hernandez de Córdoba si iban de donde nacia el sol; y cuando fué el Adelantado Montejo, y los indios echaron de ver que se hacia tanta reverencia á la cruz, tuvieron por cierto lo que les habia dicho su profeta Chilam-Cámbal.”

Herrera queda muy satisfecho con esta relacion, como si no fuera tan disparate haber ido allá los españoles en tiempo de los moros, como poner un profeta que mande ofrecer dones á los ídolos. Profetas verdaderos entre idolátras solo pudieron ocurrir á los españoles, que á cada paso los encontraban en Indias, por el cuento de las sibilas, y la historia de Balán. Pero está demostrado que las profecias de las sibilas, fueron una ficcion piadosa de los primitivos cristianos: y así donde el misal romano lee en la secuencia de difuntos: *teste David cum sibilla*, substituyó el parisiense: *crucis expandens vexilla*. Balán, así como Job, aunque no eran israelitas, eran siervos del verdadero Dios que adoraban, aunque el primero prevaricase para dar un mal consejo.

Aun dado el caso de un mal profeta en un caso de extraordinaria providencia, no era para el caso de Yucatan, porque tendríamos que admitir muchos, cuyas profecias á estilo oriental produjo Montemayor en su historia de Yucatan, con sus nombres y los tiempos en que existieron. Pero esos serian sacerdotes ó sabios, que en diferentes tiempos recordaron la primitiva de Chilam-Cámbal, la cual es la mas larga, célebre y conocida; y se engaña mucho Herrera, ó los que se lo contaron, en decir que existiera pocos años antes de la conquista, porque los indios, segun dicho Montemayor, le daban cuatro edades de antigüedad, y ajustada la cuenta, viene á ser en los primeros siglos de la Iglesia. Es verdad que Montemayor insiste en que no era su nombre Chilam-Cámbal, porque él vió escrito Chilam Balan, y no advierte, que esta novedad contra el testimonio de todos los autores españoles, es una corrupcion manifiesta por la semejanza de letras para aludir al profeta Balán; y acabaria de conven-

cerse, si supiera que Chilam-Cámbal en lengua china significa Santo Tomás. Y no hay que admirarse de que venga á traer de China la interpretacion, porque haré ver que de allá vino la voz del evangelio á las Américas; así como el calendario mejicano, que dicen les trajo el predicador, es casi idéntico al de los tártaros chinos, y la lengua mejicana está llena de palabras chinas. Desde luego, con solo leer en el viaje de lord Macartnei las terminaciones de los nombres de los magnates de aquel imperio, se verá que son las mismas de los mejicanos, con la partícula reverencial *tzin* &c. &c.

Tenemos mejores testimonios en Remesal, *Histor. de Chiapa, lib. 5, cap. 7*, cuando el santo obispo de Chiapa llegó á Campeche el año de 1544, de paso para su obispado con religiosos dominicos. „No solo averiguaron ellos lo mismo que Montejo, sino que los indios se bautizaban todos sin falta, dando al bautismo el nombre de renascencia, como Jesucristo le llama en el evangelio: *nisi quis renatus fuerit ex aqua, &c.*; y que lo recibian con las mismas ceremonias de los cristianos, hasta imponiendo el lienzo blanco y con exorcismos, ayunando antes tres dias los padres, y guardando continencia ocho dias despues, y confesándose los que eran grandecillos, como en la primitiva Iglesia los catecúmenos. Y todos usaban la confesion y otras muchas ceremonias de la Iglesia.”

El santo obispo envió á visitar en su nombre el interior un clérigo, Francisco Hernandez, perito en la lengua, y este le escribió: „que habiéndoles preguntado por su creencia antigua, respondieron, que creian en la Trinidad, á cuyas personas daban los verdaderos nombres en su lengua, con perfecto conocimiento del resto de la religion de Jesucristo, en cuya memoria ayunaban el viernes dia de su muerte, y veneraban á su Madre vírgen: que aquella doctrina venia de padres á hijos de tiempos antiguos, en que vinieron veinte hombres, y el principal de ellos se llamaba Cozas, los cuales mandaban que se confesasen las gentes y ayunasen.” El santo obispo refiere todo esto y mas en su Historia apologética de las Indias, como puede leerse en Remesal, *ubi supra*, y en Torquemada, tom. III, lib. 15, cap. 49, y concluye el obispo. „En la tierra del Brasil que poseen los portugueses, se imagina hallarse rastro de Santo Tomás apóstol, y parece haber sido en Yucatan nuestra santa fe sabida. Ciertamente esta tierra y reino da entender cosas mas especiales y de mayor antigüedad que en otras partes de las Indias, por las grandes, admirables y excesivas maneras de edificios y letreros de ciertos caracteres, que en ninguna otra parte se hallan. Finalmente, secretos son estos que solo Dios los sabe.”

Hanse averiguado muchos de estos despues del tiempo del santo obispo; pues quien leyere las crónicas del Brasil, especialmente del padre Manuel de Nóbrega, verá que allí conservaron hasta el nombre de Jesus y María, y el de Santo Tomé que les habia predicado. Apenas los españoles pusieron el pié en las riberas del Rio de la Plata, que el comisario de San Francisco, que fué destinado con otros cuatro religiosos para allá, no pudiendo entrar en el rio, fué al puerto de Don Rodrigo, que hoy llaman, dice él, de San Francisco, y escribe á un consejero de Indias desde allí, en 1.º de mayo, año 1538:” que los cristianos fueron recibidos como ángeles de los indios, de quienes averiguó que cuatro años antes habia habido allí un profeta, llamado Eguiara, que les anunció, que presto llegarían cristianos hermanos de Santo Tomé á bautizarlos, y no les hiciesen mal, y así les hacian infinito bien: y dice, que halló que en los cantares que les enseñó á los indios, mandaba, que se guardasen los mandamientos y otras muchas cosas de los cristianos. Ved la Carta en Torquemada, tom. III, lib. 5, cap.

48. Ellos, pues, referian su cristianismo á Santo Tomé, y el mismo seria el Eguia-ra que dice haber precedido cuatro años, y serian cuatro edades como en Yucatan, si no fué algun sacerdote que recordase la profecía.

En una palabra, que un hombre venerable, barbado, blanco, pelo y barba larga, con un báculo, predicó en toda América una ley santa, y el ayuno de cuarenta dias, y levantó cruces que los indios adoraban, y les anunció que vendrian del Oriente hombres de su misma religion á enseñarlos y dominarlos, es un hecho tan constante en todas las historias que han escrito los españoles, no menos que en los geroglíficos mejicanos y quipos peruanos, que es necesario creerlo, ó abandonarse á un ciego pirronismo. El *Viracocha* barbado del Perú no era otra cosa, y de él tuvieron los incas la cruz que guardaban con veneracion en su palacio, y la prediccion de que irian gentes barbadas y blancas: y por eso llamaron á los españoles *viracochas*: y aun conservaron el nombre de Santo Tomé, pues por eso á nuestros sacerdotes llamaron Paytumes, ó padres tomés, aunque á los suyos llamaban moanes. Santa Cruz de la Sierra llamóse así, porque los indios les presentaron una que conservaban con veneracion grabada en una piedra. No necesito decir mas, porque hasta de Garcilazo consta que por semejantes tradiciones se sujetaron los peruanos sin efusion de sangre á los españoles, segun les estaba mandado de antiguo por sus incas.

En Méjico la turbacion de Montezuma, sus consultas con el rey de Tezeuco luego que Juan de Grijalva arribó por la primera vez á la costa de Nueva-España, los regalos que envió á Cortés &c., no provinieron sino de la misma profecía ó tradicion, con que enseñaban á su antiguo predicador *Quetzalcóhuatl*, ó gentes de su religion. Es necesario leer sobre esto á Torquemada, *Monarq. ind.*, tom. I, lib. 4, cap. 14. Y dice Boturini que vió en los geroglíficos de los mejicanos, que puntualmente llegó Cortés en el mismo año y carácter *ce acatl* en que ellos aguardaban á *Quetzalcóhuatl*; de suerte que cuando Cortés llegó, no era la dificultad de reconocerle como señor, sino de saber si era el mismo ó venian de su parte, pues en muchas señales convenian, aunque la crueldad y rapacidad de los españoles, agena de *Quetzalcóhuatl* los detenia. A probar que Cortés lo era para someterse á él, se dirigieron todos los discursos de Maxiscáztin en el senado de Tlascalá. Sobre explorar esto, rodaron todas las conferencias de Montezuma con Cortés, como consta de todos los historiadores, pues Montezuma no se intitulaba sino teniente de *Quetzalcóhuatl*, y todo el arte de Cortés estaba en persuadirle que el rey de España era este. Así le escribe en su primera carta á Carlos V: *yo le respondí á todo lo que me dijo, satisfaciendo aquello que me pareció que convenia, especialmente en hacelle creer que V. M. era á quien ellos esperaban.* Engañado así Montezuma, juntó los reyes y señores de su imperio, y arengándoles con la misma tradicion que sabian y estaba escrita en sus monumentos, se reconoció por feudatario del supuesto *Quetzalcóhuatl*. Y no solo en cada reino del interior se halló la misma tradicion de gentes del Oriente que debian venir, aun en las Antillas se encontró la misma, y por eso en todas partes se les recibió como una raza santa, sino que contradiciéndolo despues con sus costumbres, los indios se recelaban de haber sido engañados, y testificaban los misioneros que no cesaban de explorar si sabian sus antiguallas, y de preguntarles en Méjico, ¿dónde era *Huehuetlapallan*, adonde se habia ido *Quetzalcóhuatl*?

Ningun misionero de los que han escrito hasta hoy ha dejado de apuntar los vestigios claros del cristianismo que encontraban hasta entre las tribus salvajes, de cuyos testimonios pudiera formar un grueso volumen. Ya que no es este lugar, indicaré

siquiera algunos de los principales que han tratado la materia, para que otros puedan instruirse, si Dios no me diere vida para demostrar todo esto de propósito. Desde el siglo diez y seis escribió el dominicano Fr. Diego Durán en Méjico para probar esto, exhibiendo las pruebas que hallara en los escritos y prácticas de los indios. Su historia que no pudo imprimir, se vendió al padre Tovar, jesuita, (véase la *historia de Santo Domingo de Méjico* por Dávila Padilla, última hoja,) quien la dió al padre Acosta: y este la imprimió en su historia de Indias, sin mentar al autor que no hizo sino copiar, como le echa en cara Torquemada, ni podia hacer otra cosa, pues no estuvo sino de paso en Nueva-España, ni entendia una palabra de lengua mejicana. Si la entendiese, ¿hubiera asentado el desatino de que los mejicanos no tenian palabra con que significar á Dios como los griegos, cuando es tan semejante el *teotl* de aquellos al *theos* de estos? No ha habido nacion que tuviese ideas mas claras de Dios y de todos sus atributos, como adelante diré (†). En dicha historia de Acosta se leen á cada paso vestigios claros del cristianismo en las ceremonias religiosas de los indios, y en su creencia así sobre la Trinidad, como sobre la eucaristía, la penitencia &c., sino que el padre Acosta lo atribuye todo á enseñanza del diablo, que dice quiso hacer la mona de Dios. ¡Al diablo verdaderamente se le ofrece meterse á fabricante de cruces y maestro de doctrina cristiana! Muy tonto lo quiere hacer, cuando siendo enemigo del evangelio, lo suponen preparando los ánimos para recibirlo, con hacerles antes creer sus mas elevados misterios. El diablo y los profetas idólatras son sin embargo el recurso continuo de todos los escritores españoles para eludir los testimonios, que á cada paso han encontrado de la predicacion evangélica, y ya sabe que efugios tan ridículos y desesperados en hombres tan hábiles como Acosta, solo sirven para acabar de demostrar que los hechos son innegables. Tal vez Acosta, dedicando su historia á los reyes, no se atrevió á declarar lo que sentia, porque por lo que dice sobre esto en su obra de *Procuranda Indorum salute*, se conoce que él creia sobre eso otra cosa mas que el diablo.

En el mismo siglo, el arzobispo de Santo Domingo, Dávila Padilla, cronista real, escribió un libro para probar la predicacion apostólica en las Indias; y aunque no se imprimió, él mismo la cita en su *historia de Santo Domingo de Méjico*, y otros autores, como Maluenda de *Anti-Cristo*, el cual, sin embargo de no haberle leído ni á Durán, trae bastante y dice, que si alguno porfia en sostener la dicha predicacion, él cederá sin mucha dificultad.

Siguióse el célebre padre Torquemada, y siguiendo á los primeros misioneros, trae bastante y bueno para probar la predicacion apostólica en las Indias, en su *Monarq. Ind.*, tom. III, lib. 19, cap. 48 y 49; sino que temeroso del gobierno, despues de haberlo contado todo como verdadero, citando misioneros respetables, concluye como

[†] *El error de Acosta, provino de haber oido á los mejicanos usar siempre de la palabra Dios, aun hablando en su lengua; y no sabia que esto vino del empeño que tomaron los misioneros franciscanos de que no llamasen á Dios con los mismos términos de su lengua propia, para que no formasen, decian, igual idea del verdadero, que la que tenían de los dioses falsos. Los dominicanos replicaban, que no lo habian sido menos los de los griegos y latinos, y los apóstoles no les mudaron el nombre de Dios por el hebreo, y que los indios se desatinaban no pudiendo fijar idea alguna con la palabra Dios. Al cabo uniéndose algunos dominicanos á la multitud franciscana, prevaleció la opinion de estos, que por cierto era desatinada.*

48. Ellos, pues, referian su cristianismo á Santo Tomé, y el mismo seria el Eguia-
ra que dice haber precedido cuatro años, y serian cuatro edades como en Yucatan,
si no fué algun sacerdote que recordase la profecía.

En una palabra, que un hombre venerable, barbado, blanco, pelo y barba larga,
con un báculo, predicó en toda América una ley santa, y el ayuno de cuarenta dias,
y levantó cruces que los indios adoraban, y les anunció que vendrian del Oriente
hombres de su misma religion á enseñarlos y dominarlos, es un hecho tan constante
en todas las historias que han escrito los españoles, no menos que en los geroglíficos
mejicanos y quipos peruanos, que es necesario creerlo, ó abandonarse á un ciego pir-
ronismo. El *Viracocha* barbado del Perú no era otra cosa, y de él tuvieron los incas
la cruz que guardaban con veneracion en su palacio, y la prediccion de que irian gen-
tes barbadas y blancas: y por eso llamaron á los españoles *viracochas*: y aun conser-
varon el nombre de Santo Tomé, pues por eso á nuestros sacerdotes llamaron Paytu-
mes, ó padres tomés, aunque á los suyos llamaban moanes. Santa Cruz de la Sier-
ra llamóse así, porque los indios les presentaron una que conservaban con veneracion
grabada en una piedra. No necesito decir mas, porque hasta de Garcilazo consta que
por semejantes tradiciones se sujetaron los peruanos sin efusion de sangre á los es-
pañoles, segun les estaba mandado de antiguo por sus incas.

En Méjico la turbacion de Montezuma, sus consultas con el rey de Tezcuco lue-
go que Juan de Grijalva arribó por la primera vez á la costa de Nueva-España, los
regalos que envió á Cortés &c., no provinieron sino de la misma profecía ó tradicion,
con que esperaban á su antiguo predicador *Quetzalcóhuatl*, ó gentes de su religion.
Es necesario leer sobre esto á Torquemada, *Monarq. ind.*, tom. I, lib. 4, cap. 14. Y
dice Boturini que vió en los geroglíficos de los mejicanos, que puntualmente llegó
Cortés en el mismo año y carácter *ce acatl* en que ellos aguardaban á *Quetzalcóhuatl*;
de suerte que cuando Cortés llegó, no era la dificultad de reconocerle como señor,
sino de saber si era el mismo ó venian de su parte, pues en muchas señales convenian,
aunque la crueldad y rapacidad de los españoles, agena de *Quetzalcóhuatl* los detenia.
A probar que Cortés lo era para someterse á él, se dirigieron todos los discursos de
Maxiscatzin en el senado de Tlascalá. Sobre explorar esto, rodaron todas las confe-
rencias de Montezuma con Cortés, como consta de todos los historiadores, pues
Montezuma no se intitulaba sino teniente de *Quetzalcóhuatl*, y todo el arte de Cor-
tés estaba en persuadirle que el rey de España era este. Así le escribe en su prime-
ra carta á Carlos V: *yo le respondí á todo lo que me dijo, satisfaciendo aquello que me
pareció que convenia, especialmente en hacelle creer que V. M. era á quien ellos espera-
ban.* Engañado así Montezuma, juntó los reyes y señores de su imperio, y arengán-
doles con la misma tradicion que sabian y estaba escrita en sus monumentos, se reco-
noció por feudatario del supuesto *Quetzalcóhuatl*. Y no solo en cada reino del inter-
rior se halló la misma tradicion de gentes del Oriente que debian venir, aun en las
Antillas se encontró la misma, y por eso en todas partes se les recibió como una raza
santa, sino que contradiciéndolo despues con sus costumbres, los indios se recelaban
de haber sido engañados, y testificaban los misioneros que no cesaban de explorar si
sabiansus antiguallas, y de preguntarles en Méjico, ¿dónde era *Huehuetlapallan*, adon-
de se habia ido *Quetzalcóhuatl*?

Ningun misionero de los que han escrito hasta hoy ha dejado de apuntar los vesti-
gios claros del cristianismo que encontraban hasta entre las tribus salvajes, de cuyos
testimonios pudiera formar un grueso volumen. Ya que no es este lugar, indicaré

siquiera algunos de los principales que han tratado la materia, para que otros puedan
instruirse, si Dios no me diere vida para demostrar todo esto de propósito. Desde el
siglo diez y seis escribió el dominicano Fr. Diego Durán en Méjico para probar esto,
exhibiendo las pruebas que hallara en los escritos y prácticas de los indios. Su his-
toria que no pudo imprimir, se vendió al padre Tovar, jesuita, (véase la *historia de
Santo Domingo de Méjico* por Dávila Padilla, última hoja,) quien la dió al padre
Acosta: y este la imprimió en su historia de Indias, sin mentar al autor que no hizo
sino copiar, como le echa en cara Torquemada, ni podia hacer otra cosa, pues no es-
tuvo sino de paso en Nueva-España, ni entendia una palabra de lengua mejicana.
Si la entendiese, ¿hubiera asentado el desatino de que los mejicanos no tenian pala-
bra con que significar á Dios como los griegos, cuando es tan semejante el *teotl* de
aquellos al *theos* de estos? No ha habido nacion que tuviese ideas mas claras de
Dios y de todos sus atributos, como adelante diré (†). En dicha historia de Acosta
se leen á cada paso vestigios claros del cristianismo en las ceremonias religiosas de
los indios, y en su creencia así sobre la Trinidad, como sobre la eucaristía, la peniten-
cia &c., sino que el padre Acosta lo atribuye todo á enseñanza del diablo, que dice
quiso hacer la mona de Dios. ¡Al diablo verdaderamente se le ofrece meterse á fa-
bricante de cruces y maestro de doctrina cristiana! Muy tonto lo quiere hacer, cuan-
do siendo enemigo del evangelio, lo suponen preparando los ánimos para recibirlo,
con hacerles antes creer sus mas elevados misterios. El diablo y los profetas idóla-
tras son sin embargo el recurso continuo de todos los escritores españoles para eludir
los testimonios, que á cada paso han encontrado de la predicacion evangélica, y ya sa-
be que efugios tan ridículos y desesperados en hombres tan hábiles como Acosta, solo
sirven para acabar de demostrar que los hechos son innegables. Tal vez Acosta, de-
dicando su historia á los reyes, no se atrevió á declarar lo que sentia, porque por lo
que dice sobre esto en su obra de *Procuranda Indorum salute*, se conoce que él creia
sobre eso otra cosa mas que el diablo.

En el mismo siglo, el arzobispo de Santo Domingo, Dávila Padilla, cronista real,
escribió un libro para probar la predicacion apostólica en las Indias; y aunque no se
imprimió, él mismo la cita en su *historia de Santo Domingo de Méjico*, y otros auto-
res, como Maluenda de *Anti-Cristo*, el cual, sin embargo de no haberle leído ni á Du-
rán, trae bastante y dice, que si alguno porfia en sostener la dicha predicacion, él ce-
derá sin mucha dificultad.

Siguióse el célebre padre Torquemada, y siguiendo á los primeros misioneros, trae
bastante y bueno para probar la predicacion apostólica en las Indias, en su *Monarq.
Ind.*, tom. III, lib. 19, cap. 48 y 49; sino que temeroso del gobierno, despues de ha-
berlo contado todo como verdadero, citando misioneros respetables, concluye como

(†) *El error de Acosta, provino de haber oído á los mejicanos usar siempre de la pa-
labra Dios, aun hablando en su lengua; y no sabía que esto vino del empeño que tomaron
los misioneros franciscanos de que no llamasen á Dios con los mismos términos de su lengua
propia, para que no formasen, decían, igual idea del verdadero, que la que tenían de los
dioses falsos. Los dominicanos replicaban, que no lo habian sido menos los de los griegos
y latinos, y los apóstoles no les mudaron el nombre de Dios por el hebreo, y que los indios
se desatinaban no pudiendo fijar idea alguna con la palabra Dios. Al cabo uniéndose al-
gunos dominicanos á la multitud franciscana, prevaleció la opinion de estos, que por cier-
to era desatinada.*

dudando que no debió de tenerse por cierto, pues no se hizo caso de cosa que tanto lo merecía, y que puede ser lo enseñase todo el diablo como mona de Dios.

Luego en principios del siglo diez y siete escribió otro religioso no menos instruido y caracterizado que él, el padre Betancurt, y prueba largamente que los indios creían y usaban los siete sacramentos, como en él puede verse. De ahí el padre Remesal, hombre muy verídico, trae todo lo que de él citamos antes y mas, aunque él también se parapeta un poco con el diablo. ¡Pobres indios! ya que no se puede negar que tuvieron noticia del evangelio, su apóstol había de ser el mismo diablo! Pero *el diablo está en Cantillana*, decía asustado el alcalde de esta villa, por no atreverse á revelar que allí estaba Don Pedro el Cruel, y el temor del gobierno ha impedido explicarse á los autores, especialmente á Remesal, cuya obra en América y España sufrió para su impresion una oposicion terrible.

Ha habido otros que la han hecho de propósito á la dicha predicacion para adular al gobierno. Tal es el célebre Solórzano, que trabajando *de jure Indiarum* para establecer los títulos del dominio de los reyes de España sobre ellas, y habiendo fijado por principal la bula de Alejandro VI y la predicacion del evangelio, arremete contra las pruebas de estar hecha por Santo Tomás. Pero habiendo salido luego á la luz y en favor de ella las obras de Fr. Gregorio García, dominicano, y de Fr. Antonio Calancha, agustiniano, se retracta en su *Política indiana*, lib. 1, cap. 7, diciendo: „que no se opone á la tal predicacion apostólica, respecto de la mucha diligencia que en averiguarla testifican haber puesto estos autores;” bien que todavía no se despiden enteramente de sus favoritas monerías del diablo, y advierte que estando ya olvidada la fe, eso nada perjudica á los derechos de S. M. Acabara de reventar, y dijera claro cuál era el móvil de su oposicion.

Dichos dos autores que citó, y á los cuales dice se debe leer precisamente, arrojaron de una vez la máscara sin precaucion ninguna. El primero era europeo, autor de la *Historia de los incas*, de la *Eclesiástica de Indias*, del *Origen de los indios*, reimpresso en Madrid, aunque la menos valuable de sus obras; y en esta apuntó algo de lo que escribió despues en su *Predicacion del evangelio en el Nuevo Mundo, viviendo los apóstoles*. Es un tomito en octavo, impreso en Baeza. Trae muchas y muy buenas pruebas, como por ejemplo: haberse encontrado entre los indios toda la Biblia en figuras, lo que pareciéndole no se le había de creer en España, pidió á los misioneros en Veracruz le diesen su testimonio por escrito, como lo ejecutaron. Ya Torquemada contaba, *ubi supra*, que los misioneros habían encontrado en poder de los indios, figurados varios artículos de la fe, como la resurreccion y la crucifixion de Jesucristo, aunque no lo tenían pintado en la cruz con clavos sino atado; y la imágen de la Virgen con otras dos santas, sino que aquella tenía una cruz en el pelo, y eso decían significar que era mas santa. No se fija García en apóstol, aunque cuenta, que unos creían hubiese sido San Bartolomé, que predicó en la India citerior, y que creyendo suya, por la semejanza, una imágen que tenían los indios, le hacían gran fiesta los mestizos del Cusco; y otros, que el apóstol Santo Tomás que predicó en la India ulterior, y de haber predicado en la China trae la relacion que sobre eso dieron sus sabios, habiendo registrado sus archivos de orden de una emperatriz.

El padre Calancha, criollo de la ciudad de la Plata ó Chuquisaca, prometiendo todavía mas en otros tomos de su *Crónica de San Agustín del Perú*, ocupa todo su libro 2 del único tomo que yo he visto, en probar la predicacion evangélica en todas las Indias por el apóstol Santo Tomás, único de quien los Padres digan se remontó á

naciones bárbaras y desconocidas. En efecto, todos lo hacen apóstol de los partos, y en esta palabra los antiguos entendían hasta los chinos y los verdaderos indios, así llamados del rio Indo, ó sea de su rey Indo.

En dicho libro verá el lector la multitud de autores españoles y extrangeros que han sostenido la dicha predicacion, como Fr. Alonso Ramos en su *Historia de Copacavana*, Rivadeneira en su *Flos Sanctorum*, vida de Santo Tomás, y otros muchos. Allí verá que los misioneros, así como en Méjico, se empeñaron en quemar como figuras mágicas los escritos de los indios: en el Perú hacían picar los letreros grabados en piedras, que los indios veneraban como reliquias ó memorias del varon venerable que les predicó una ley santa; lo que sabido por Santo Toribio, arzobispo de Lima, mandó cubrir los lugares donde estaban con capillas, juzgando digna de respeto tal tradicion. Allí se verá cómo por los cantares de los peruanos y sus quipos (de quienes da mejor idea que cuantos autores he visto, excepto un italiano, que ha puesto este género de escritura en tal claridad, que ha escrito en hilos hasta canciones quichuas), constaba, que un varon santo, blanco, barbado, ojos azules, pelo largo, vestido de blanco, capa judía de varios lienzos ó piernas, con sandalias, un libro bajo el brazo, y dos discípulos, les predicó el evangelio, dió las cruces, derribó los ídolos é hizo muchos prodigios: relacion y señales que cuadran admirablemente con el *Quetzalcóhuatl* de Méjico, llamado en Yucatan, Campeche &c. (pais que los mejicanos llaman Onohualco), *Cozas*, *Cocolcan*, y *Chilancámbal*.

Que *Quetzalcóhuatl* fuese Santo Tomás, lo sostuvo el célebre matemático é historiador, cosmógrafo mayor de las Indias, Don Carlos de Sigüenza y Góngora, en su obra intitulada, *Fénix del Occidente el apóstol Santo Tomás*, que citan Don Nicolás Antonio, Pinelo, la *Biblioteca mejicana* de Eguiara &c. El canónigo Uribe, en su dictámen sobre el sermón del Dr. Mier, dice, que creía se quedó esta obra solo intentada; y yo creo que necesitaba estudiar mas, y hubiera leído en la *Libra astronómica* de dicho autor, que le imprimió en Méjico el Factor del rey: que este, enumerando en el prólogo las obras de Sigüenza, con distincion de las completas y comenzadas, pone entre aquellas la del *Fénix*, y da un analisis de ella, por el cual sabemos que *Quetzalcóhuatl* era su Santo Tomás. El mismo Sigüenza, en el prólogo de su *Paraíso Occidental* la cita como acabada, sino que no salía á luz por falta de medios. Al mismo tiempo, esto es, mediado el siglo pasado, un jesuita mejicano escribió en Manila la *Historia del verdadero Quetzalcóhuatl, el apóstol Santo Tomé*.

Del mismo parecer fué el famoso Becerra Tanco en su *historia de Guadalupe*, cuyo voto por ser de un tan gran maestro de lengua mejicana es de un gran peso. Boturini en su *Idea de una nueva historia general de las Indias*, prometió probar lo mismo con los muchos documentos que sobre esto había recogido en su museo. Por su muerte y encargo trató de escribir la nueva historia el caballero Veytia, natural de la Puebla de los Angeles, y lo desempeñó bastante bien en esta parte. Sus varias obras corren MSS., y he visto una coleccion de ellas en la secretaría de gracia y justicia de Indias. Es verdad que Clavijero en su *Storia antica d'il Messico*, aunque no se atreve á negarlo por saber que lo sostuvo Sigüenza, en cuyas obras siempre se admira la solidez y la erudicion, bien que él nunca vió la obra de que se trata, no le sigue esta opinion. Pero no se debe hacer caso de lo que dice en italiano, porque habiendo el jesuita español Diosdado, á quien comunicaba con su mesa su obra, delatado-la al consejo de Indias, este no quiso conceder su impresion en castellano, á pesar de las instancias del cronista Muñoz; y para hacerla pasar en italiano dedicada á la Uni-